

castigar els personatges), d'una bellesa i seducció sospitoses, com les d'una sirena i els seus (en)cants. En el fons, el públic és qui acaba omplint els forats en blanc, qui desentraña el cos de l'obra –amb la seva cultura– per tal que esdevingui “art”.

Nord misteriós

Aquesta és, per a mi, una de les claus del treball artístic. Un bon objectiu. Aconseguir deixar l'espai just, els forats necessaris, perquè sigui l'espectador qui els empleni. Encaminar-lo amb els cinc sentits cap a allò inexplicable, catalitzador d'emocions. Mantenint aquests buits, aquestes zones fosques, ocultes, es permet que sigui l'espectador qui, amb la seva imaginació, les descobreixi, que digerint-ho se li reveli el misteri. Potser és per això que Einstein va dir que *“la cosa més bella que podem experimentar és allò que ens resulta misteriós”*. Aquest és, crec, un dels meus nord; una referència per situar-me i orientar-me. Deu ser per això que em dedico al “teatre”... pel misteri constant de no saber què passarà. ■

¡Es de gran volumen la presión que uno puede llegar a soportar haciendo “lo que le gusta”. A mí me gusta “hacer el tonto”, pero eso no supone recibir presión, a no ser que me pase de listo, claro. Mis padres dicen a sus amigos que su hijo menor está en Barcelona haciendo “lo que le gusta”, y eso que hago según mis padres sí, eso sí que a veces me empuja contra el suelo.

Si suponemos que el público se ha congregado hoy en Lisboa y vienen hacia aquí caminando, tardarán unos dos meses en llegar. Ése es el tiempo que tenemos para conseguir no estafarlos.

Y para conseguir eso se han de hacer las cosas al revés de como yo lo creo, porque hemos de adaptarnos a esa gente que vendrá a vernos.

Aquí es donde empieza el sufrimiento. Lo que nos hace reunirnos no es una tradición, ni una costumbre, es un sistema de orden, nada más. Hemos de decir que ese ritual sagrado que haremos “tal día” será bueno. Hemos de mentir hablando de algo que no existe... que todavía no existe...

Y eso “no me gusta”, pero... es la manera.

Me levanté el día 25 por la mañana en casa de mis padres, no demasiado temprano y con temperatura de día festivo, aunque por aquel entonces aún no tenía edad de andar diciendo por ahí “la casa de mis padres”.

La autopista de Santiago a la Coruña tiene 74 kilómetros. Mi padre se la ventillaba en 35 minutos si le zurraba bien a su Ford Escor XR3. Y de repente estábamos parados en el peaje. Pagando con pesetas. Como si los 35 minutos de velocidad no hubieran existido. Mi hermano y yo íbamos sentados atrás. Tranquilos. Cada uno a su rollo. Porque ya habían pasado los años en que andábamos a hostias. No lo hacíamos porque empezaba a ser premeditado y un poco peligroso.

HACER EL TONTO
DIEGO ANIDO

En navidades siempre había sitio para aparcar en esa ciudad que el 25 parecía que se limitaba a reposar sobre el mar. Mis tíos vivían en uno de sus puntos de apoyo junto a la playa del Orzán. De camino a su casa apenas nos cruzábamos con gente que, al igual que nosotros, escapaban de la calle para reunirse en los pisos con otras personas y comer sofisticado heno.

Después de sacarnos los abrigos y dejarlos en la entrada, de saludar a mi abuela y a mi tía con besos en los que la nariz se me quedaba impregnada con crema de alguna marca francesa mal pronunciada como si fuera nuestra, después de algunos pocos abrazos, después de todo este ritual: era libre.

Libre en ese corral en la sexta planta frente al mar.

...hasta que alguien dice que ya está la comida.

El heno. En la mesa está el heno. Humeante. Silencioso. Acostado en el centro. El heno cocido con pies de patata cocida. Laxo y preparado para el sacrificio.

A todos nos brillan los ojos por un instante. Instante en el que somos puros, nosotros y todas las personas que se reúnen en los otros pisos alrededor del heno. Puros, soñadores. Niños que esperan que el pequeño Jesucristo baje por la lámpara que está sobre la mesa, se acueste sobre el acostado heno y nos sonría.

Pero el niño Jesús no aparece. Nunca ha aparecido en todas las navidades que allí celebré y, que yo sepa, sigue sin aparecer.

Al terminar de comer y rebasado el

cupo de colesterol *per capita*, aún había lugar para pequeñas dosis de alcohol tomadas a diminutos sorbos, conversación a latigazos y humo.

Quizás estábamos tristes, sin remedio ya, porque sabíamos que jamás se nos aparecería el santo hijo de Dios en La Coruña.

Hoy es 19 de octubre y todas las personas del equipo entramos en un restaurante. Es la última comida antes del estreno que tendrá lugar esta noche.

Estamos todos de acuerdo en que hemos contado una mentira. Es gracioso y nos reímos mucho acerca de ello. Nos descojonábamos anoche en el hotel en el que convivimos la última semana antes del estreno. Nos reímos para espantar el miedo porque el público hace días que dejó Zaragoza y está muy cerca de aquí, en las "murallas" de la ciudad.

Pero hay algo que nos mantiene enteros, y es el hecho de que hemos estado haciendo "lo que nos gusta". Todos los que estamos en la mesa, los técnicos que nos encontraremos después en el teatro, los operarios que desmontarán la escenografía... Todos... contagiados por un vínculo, una cadena fina como la cadena del váter que nos hace felices de estar aquí... haciendo las cosas... haciendo las cosas al revés...

Hoy es 19 de octubre y en la mesa nace un silencio en medio de las conversaciones cruzadas. Todos miramos hacia arriba de repente y vemos bajar al niño Jesús, a velocidad muy leve, disfrazado de pingüino.

Va vestido así porque a Él también le gusta "hacer el tonto". ■